

# LA IMAGEN DEL MAESTRO EN LA LITERATURA

Antonio Martín Oñate

## RESUMEN

La imagen del maestro permanece en nuestra memoria a través del tiempo. Hay escritores que prolongan en su obra literaria, con mayor o menor dosis de realismo, sus vivencias escolares desde la etapa infantil hasta el paso por la universidad. La forma de enseñar y los recursos pedagógicos para hacerlo quedan enmarcados en el momento histórico en que se producen. A lo largo del siglo XX se han sucedido en España distintos sistemas de gobierno: monarquía, república, dictadura..., y cada uno de ellos ha condicionado seriamente el tipo de enseñanza, escuela y maestro.

**PALABRAS CLAVE:** Imagen del maestro, Escuela en la literatura.

The image of the teacher remains in our memory through the time. There are writers who enlarge in their literary work, with more or less dose, their school experiences from the child stage until the university one. The way of teaching and the pedagogic resources to make it are framed in the historical moment they take place. During the 20th century there were different government systems in Spain: monarchy, republic, dictatorship..., and each of them has conditioned the way of teaching, school and teacher.

**KEY WORDS:** Image gives of the teacher, School in literature.

El recuerdo de los años escolares –tanto de la infancia como de la adolescencia- permanece inevitablemente en nuestra memoria. En ese recuerdo se mezclan las personas, las cosas y las circunstancias. Entre las cosas el colegio, las aulas con sus pupitres y mesas, la pizarra, los mapas y láminas de Ciencias Naturales, etc.; entre las personas los maestros y los compañeros de clase principalmente. Pero es la figura del maestro la que prevalece por encima del recuerdo de todas las demás. Y es lógico y normal que así sea, por cuanto es la del alumno con su profesor la única relación ineludible en la escuela. De como discurra esa relación personal dependerá en el futuro el tipo de cliché archivado en nuestra memoria. Guardaremos, distorsionado por la perspectiva de la poca edad, el recuerdo del patio del colegio, aunque si permanece tal como realmente era y surge la oportunidad de visitarlo ya de adultos, tendremos la rara impresión de que ha encogido, que no es tan grande como nos venía diciendo la imagen que de él conservábamos. Igual sucederá con el resto de las cosas que integraron nuestro medio ambiente escolar: las aulas, el edificio en su conjunto, los pupitres, los árboles del jardín, etc.

Qué duda cabe que el recuerdo de las personas –compañeros y maestros- no admite, dado el largo trecho recorrido desde la etapa de la niñez a la edad de adulto, la objetividad necesaria para hacer un juicio justo. En primer lugar prevalecerá en buena medida el dicho de que cada uno

cuenta la feria según le va. ¿Cómo puedo hoy juzgar si aquel compañero de clase en el instituto, con el que peleé a patadas y puñetazos en un recreo, es hoy la persona odiosa de entonces, o si aquel otro, confidente y amigo, será en la actualidad tan agradable, comprensivo y solidario como yo lo veía en mi infancia...? Más difícil será tener ocasión de comprobar, una vez limpiadas sus imágenes de los tintes de amor-odio, simpatía-antipatía con que las cargamos en el pasado, cómo eran realmente nuestros maestros. Estoy convencido de que si, ya de mayores, nos fuese dada la oportunidad de conocer a fondo a aquellos hombres y mujeres que, con mayor o menor acierto y preparación, tuvieron en sus manos la responsabilidad de educarnos y formarnos, serían bastante significativos los cambios de opinión que deberíamos introducir en nuestro juicio. Pero, como he dicho, esto en muy pocas ocasiones es posible y lo que permanece casi siempre es la impresión que quedó congelada en su momento. Si a la falta de objetividad de niños y adolescentes a la hora de enjuiciar el mundo que les rodea, no perdonando a nada ni a nadie que entre en colisión con sus gustos y deseos, añadimos el tipo de escuela y de enseñanza prevaleciente en los primeros tres cuartos del siglo XX, periodo que aquí recogemos, en el que, en gran medida, la disciplina escolar y el orden se imponían mediante el castigo físico, tendremos suficientemente explicado que, de una manera mayoritaria, la visión que de sus maestros conservan los que fueron escolares en esa larga etapa de nuestra historia no nos resulte decididamente positiva.

Los escritores, al igual que cualquier ciudadano de su época, también vivieron una etapa escolar y mantienen los recuerdos en la memoria; pero ellos, en razón de su arte, tienen la posibilidad de reflejar y difundir a través de sus obras (novelas, poesías, diarios, biografías, etc.) esas imágenes, unos para enaltecerlas y otros para difamarlas. En este trabajo hemos seleccionado textos literarios en los que un grupo de escritores retratan y diseccionan las imágenes que conservan de sus maestros. En algún caso más que evocar un recuerdo parece que el escritor aprovecha la ocasión para ajustar cuentas con el pasado. Solamente en uno de los textos que reproducimos nos encontramos con algo más que la figura aislada del profesional de la enseñanza, con el retrato completo de la sociedad en la que el maestro estaba obligado a ejercer su actividad docente, aspecto éste tan determinante a la hora de enjuiciar su labor.

Como podrá observarse hemos generalizado bajo la figura del maestro las visiones aportadas por distintos escritores, sin que esas visiones o recuerdos se ajusten necesariamente a docentes de una misma etapa de la enseñanza. Así, se ofrecen testimonios de maestros/as de párvulos y de Primaria y de profesores/as de instituto y de universidad. Rechazamos, como lo hizo D. Manuel Bartolomé Cossío en su obra *El maestro, la escuela y el material de enseñanza, y otros escritos*<sup>1</sup>, la existencia de categorías en la función educadora, así como que haya distintos niveles de Pedagogía: una superior, otra intermedia y una inferior. Cossío lo explica así: “Notad bien que digo formación pedagógica, con lo que entiendo referirme puramente al elemento profesional, al que corresponde sólo y exclusivamente al maestro y al profesor, como órganos de la función pedagógica; no hablo, por tanto, de mera cantidad de saber ni de cultura. Y, en aquel respecto, quiero decir, en el de educador, ¿qué más ni que otra cosa, en lo esencial, en lo permanente de su función, corresponde hacer al solemne catedrático de Universidad, que no corresponda igualmente a la humilde maestra de párvulos? Pues qué, ¿cambian por ventura, en algo que sea sustancial, de uno a otro grado, ni el sujeto, ni el objeto, ni el fin de la educación, ni, por consiguiente, el valor y la trascendencia de la obra educadora? ¿No es el mismo hijo, todo él, de una vez, íntegramente –que no parte distinta, inferior o superior, en cada caso- lo que confiamos, así a la universidad

---

<sup>1</sup> Madrid: Biblioteca Nueva, Ministerio de Educación y Ciencia, 2007.- Pág. 75

como a la escuela? ¿No exigimos de ambas idéntico interés y tacto pedagógico, y no pedimos, a uno como a otra, que nos devuelvan al hombre sano, inteligente, honrado, laborioso, apto para la lucha de la vida, accesible a todo noble ideal? Si en la edad del alumno, que es lo único que cambia, hubiera de fundarse el pretendido orden jerárquico de la función docente, iríamos al absurdo, que todos rechazaréis, de considerar al médico de niños inferior al de adultos”.

Lo que reflejan las visiones de la figura del maestro en las plumas de los escritores aquí reproducidas responde manifiestamente a lo que fue la tradición escolar española a lo largo de gran parte del pasado siglo, fundamentalmente basada en el principio de autoridad.

La forma de enseñar, así como los recursos pedagógicos de que disponían nuestros maestros para hacerlo están perfectamente enmarcados en el momento histórico en que se producen. Será, entonces, difícil, o incluso injusto, juzgar ambas cosas desde una perspectiva posterior, instalados en una sociedad del bienestar donde el disfrute de las libertades y de los derechos del niño son moneda de curso legal y obligatorio.

Teniendo presente que las visiones del maestro que aquí se reflejan corresponden al siglo XX y que los problemas de la enseñanza –como ya queda dicho- forman parte inseparable del devenir histórico del país al que pertenecen, no se puede obviar que España, durante dicho siglo, asistió a grandes y graves convulsiones políticas y sociales: caciquismo, derrocamiento del régimen monárquico, instauración de la II República, levantamiento militar y derrota de la República, implantación de una dictadura durante 40 años y, finalmente, recuperación de las libertades mediante la reimplantación de una monarquía parlamentaria. Necesariamente, ¿quién lo duda?, estos acontecimientos han condicionado el tipo de escuela, enseñanza y maestros. Sólo unas pinceladas al respecto: al tiempo de la República pertenece la enseñanza impartida bajo la inspiración de Francisco Giner de los Ríos, las Misiones Pedagógicas, la enseñanza laica y científica...; en cambio, el régimen del general Franco impuso un cambio radical, donde la enseñanza representaba, por encima de todo, el principio de autoridad, encarnado por el maestro, dueño y señor de una escuela nuevamente confesional, en la que quedaron marginados los programas científicos, radicalmente suprimidos por la doctrina falangista en lo político y por el catecismo y la Historia Sagrada de la religión católica, apostólica y romana.

En la selección de textos hemos procurado que sean representativos del mayor periodo de tiempo posible dentro del siglo XX y, a la vez, que respondan a distintas sensibilidades, visiones y matices. A tal fin, hemos elegido tres poetas (Alberti, Cernuda y Luis Antonio de Villena) y tres prosistas (Josefina R. Aldecoa, Luis Landero y Manuel Rivas). Dos de ellos, precisamente los poetas Alberti y Cernuda, miembros ambos de la llamada Generación del 27 nos ofrecen una imagen de la enseñanza a inicios del siglo; Luis Landero, Luis Antonio de Villena y Manuel Rivas aportan tres visiones del maestro desde la óptica de escritores pertenecientes a la segunda mitad del siglo, y, finalmente, incorporamos la imagen ofrecida por una autora, Josefina R. Aldecoa, que podemos situar en una etapa intermedia.

\*\*\*\*\*

**RAFAEL ALBERTI** (1902-1999). Poeta y dramaturgo. Nació y murió en El Puerto de Santa María (Cádiz).

... *Pero yo era ya todo un hombre para andar mezclado entre las niñas y hacer que la bella hermana Jacinta y la alegre Visitación (se refiere al colegio de monjas de El Puerto de Santa María de sus años de parvulito), me llevaran al “cuartito”, bajándome los pantalones para el pis*

*u otras cosas más feas. Por eso mi madre me mandó al colegio de doña Concha, de la que recuerdo más que nada su odio a las Carmelitas y demás escuelas de párvulos, por considerar esta vieja señora, muy económicamente pensando, que todos los niños del Puerto debían ser sus alumnos. Con doña Concha aprendí algo de Historia Sagrada, impresionándome mucho la de José, vendido por sus hermanos a los mercaderes de Egipto; algo de suma y multiplicación; nada de división y resta, llegando a pronunciar el catecismo de Ripalda con un cortante acento casi vallisoletano, tan difícil para un niño andaluz. Porque la mayor crítica que mi nueva maestra dirigía a las monjitas era eso: la falta de buena dicción en todos aquellos inocentes que salían de sus azules delantales. ¿Para qué, entonces, lo ordenaba la Doctrina en su primer capítulo? ¿Para mofarse de ello?*

... Bien pronunciado  
creído y obrado,  
digámoslo así:  
Padre nuestro, etc., etc.

*-¡Bien pronunciado! ¡Bien pronunciado! ¡Bien pronunciado! ¿Lo oyes? –me reprendía, antipática-. Si el Catecismo así lo exige, ¿Por qué precisamente unas religiosas consienten esas eses donde suenan las zetas o las ces; esas uves donde las bes de burro son tan grandes como tus orejas?*

Mientras la niña lavaba,  
a la abuela se le caía la baba.

*-Esto –continuaba la horrible profesora-, tan fácil para cualquier discípulo mío, nunca podrá pronunciarlo como se debe ninguno de las Carmelitas.*

*Y era verdad, aunque no teníamos la culpa. Se nos hacía a otros niños y a mí, acostumbrados a la libre pronunciación andaluza, tan ridículo todo aquello, que era cómico y triste oírnos leer en voz alta, ante la imponencia algo bigotuda de doña Concha, cualquier pasaje de la Historia Sagrada o alguna de esas fabulillas idiotas que nos hincharon de paperas nuestra fresca imaginación infantil:*

Jugando Pepe en la huerta  
con su hermanito Lisardo,  
cogió del suelo un erizo  
que se cayó del castaño...

*Doña Concha, enfundada en una bata verde pitárriga herencia de su querida madrina, anciana ya difunta que presidía el colegio desde la altura de un horrible retrato, me observaba durante las horas de silencio con una grisura especial en los ojos, que yo era incapaz de resistir. Otras veces se me venía flechada, de pronto, a fin de sorprenderme esos aburridos dibujos, obra de la melancolía infantil en las márgenes blancas de los textos. Era molesta y seca conmigo en casi todo instante, proviniendo quizá esta conducta de su odio a las monjas o de una pequeña rebaja en la mensualidad establecida para todos los educandos, concedida a mi familia en honor a su descendente estado económico. Consecuencias de aquella atmósfera de inferioridad y antipatía: un verdadero pánico a la maestra, una agradable falta de interés por todo aquello que favoreciera mi cultura, y cierta triste rabia sorda, mezclada de admiración y envidia a mis primos hermanos, discípulos también de doña Concha, pero preferidos de ella por sus fincas y un*

*magnífico coche de brillantes caballeros, dispuesto a pasearla todas las tardes, a la salida del colegio, después de las bien pronunciadas lecciones.*

*Contra aquella fea mujer aplicaba yo mentalmente, siempre que la veía e incluso en los momentos de papagayear el rosario un raro trabalenguas, escogido de entre los muchos oídos a mi madre y que –hoy mismo sigo comprobando con justeza- la retrataba graciosamente:*

Dírriga, Dárriga, Dórriga,  
trompa pitárriga,  
tiene unos guantes  
de pellejo de zírriga, zárriga, zórriga,  
trompa pitárriga,  
le vienen grandes.

Hasta aquí el recuerdo que el poeta nos transmite de su etapa escolar como párvulo. Más adelante, en esta misma obra, Alberti nos relata cómo eran sus profesores del Colegio San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús, donde ingresó con algo más de diez años y permaneció cuatro cursos:

*¿Quiénes fueron mis profesores, mis iniciadores en las matemáticas, el latín, la historia, etc.? Quiero dejar un índice, no sólo de aquéllos padres y hermanos que intervinieron en mi enseñanza, sino también de aquellos que ocupando otros puestos en el colegio entreví por los corredores o entre los árboles de la huerta, no tratándolos casi.*

*El padre Márquez, profesor de Religión, al que llamábamos, seguramente por su sabiduría, “la burra de Balaán”.*

*El padre Salaverri, profesor de latín, un peruano con cara de idolillo quien por sus arrebatados colores había recibido de uno de sus alumnos, el sevillano Jorge Parladé, un sobrenombre algo denigrante: el de “Enriqueta la Colorada”, popular prostituta trianera.*

*El padre Madrid, profesor de Nociones de Aritmética y Geometría, pálido y muy perdido en el amor de sus discípulos.*

*El padre Risco, profesor de Geografía de España, también amoroso de sus alumnos. (Tal bofetada me pegó una vez este padre, que aún hoy, si lo encontrara, se la devolvería gustoso.)*

*El padre Aguilar, hermano de yo no sé qué conde de Aguilar, andaluz, jesuita simpático y comprensivo, hombre de mundo, suave en sus castigos y reprimendas.*

*El padre La Torre, profesor de Álgebra y Trigonometría, agraciado con el mote de padre “Buchitos”, a causa de sus inflados carrillos desagradables.*

*El padre Hurtado, profesor de Química, cenicientos de caspa los picudos hombros de vieja escoba revestida.*

*El padre Roper, profesor de Historia Natural, semiloco, saltándole de pronto, del pañuelo, al sonarse, mínimas y electrizadas lagartijas, cogidas en el sol de la huerta.*

*El padre Zamarrita, rector del colegio, máxima autoridad, vasco rojizo, larguirucho y helado, cortante y temible como una espada negra, aparecida siempre en los momentos menos deseables.*

*El padre Lirola, padre espiritual, sentimentalón e inocente, estrujando más de lo necesario contra su corazón dolorido, y en la soledad de su cuarto cerrado, a las alumnas almas descarriadas.*

*El padre Ayala, prefecto, sucio, casposos también los hombros recargados, surgida sombra vigiladora en sordos pasos de franela.*

*El padre Fernández, presumido, elegante, lustroso, quizá el único jesuita que recuerde peinado a raya. Se distinguió, durante los dos años que tuvo bajo su tutela la división de los externos, por su bondad hacia mí e inesperada delicadeza ante nuestra situación de alumnos gratuitos.*

*El padre Andrés, desgraciado mártir de nuestras atrocidades y cafrerías. Segundo tutelar del externado.*

*El hermano "Legumbres", llamado así por enviarnos continuamente y sin motivos justificados a comernos su mote. (Los alumnos de tercer año sabíamos, y lo comentábamos secretamente, que este hermano se masturbaba al sol contra un apartado eucalipto de la huerta).*

**(La arboleda perdida: libro primero (1902-1917)**

Barcelona: Seix Barral, 1942. Págs. 30-32)

Más compasiva que la dura y, a veces hasta cruel, imagen que nos transmite Alberti de sus maestros es la de su compañero de generación literaria Luis Cernuda.

**LUIS CERNUDA** (1902-1963). Poeta y ensayista. Como Alberti miembro destacado del grupo literario Generación del 27. Nació en Sevilla y murió exiliado en México.

***El maestro***

*Lo fue mío en clase de retórica, y era bajo, rechoncho, con gafas idénticas a las que lleva Schubert en sus retratos, avanzando por los claustros a un paso corto y pausado, breviario en mano o descansada ésta en los bolsillos del manteo, el bonete derribado bien atrás sobre la cabeza grande, de pelo gris y fuerte. Casi siempre silencioso, o si emparejado con otro profesor acompasando la voz, que tenía un tanto recia y campanuda, las más veces solo en su celda, donde había algunos libros profanos mezclados a los religiosos, y desde la cual veía en la primavera cubrirse de hoja verde y fruto oscuro un moral que escalaba la pared del patinillo lóbrego adonde abría su ventana.*

*Un día intentó en clase leernos unos versos trasluciendo su voz el entusiasmo emocionado, y debió serle duro comprender las burlas, veladas primero, descubiertas y malignas después, de los alumnos –porque admiraba la poesía y su arte, con resabio académico como es natural-. Fue él quien intentó hacerme recitar alguna vez, aunque un pudor más fuerte que mi complacencia enfriaba mi elocución; él quien me hizo escribir mis primeros versos, corrigiéndolos luego y dándome como precepto estético el que en mis temas literarios hubiera siempre un asidero plástico.*

*Me puso a la cabeza de la clase, distinción que ya tempranamente comencé a pagar con cierta impopularidad entre mis compañeros, y antes de los exámenes, como comprendiese mi timidez y desconfianza en mí mismo, me dijo: "Ve a la capilla y reza. Esto te dará valor".*

*Ya en la universidad, egoístamente, dejé de frecuentarlo. Una mañana de otoño áureo y hondo, en mi camino hacia la temprana clase primera, vi un pobre entierro solitario doblar la esquina, el muro de ladrillos rojos, por mí olvidado, del colegio: era el suyo. Fue el corazón quien sin aprenderlo de otros me lo dijo. Debí morir solo. No sé si pudo sostener en algo los últimos días de su vida.*

**(Ocnos.**

Madrid: Taurus, 1942. Pág. 31)

**JOSEFINA R. ALDECOA** (1926- ), seudónimo de Josefa Rodríguez Álvarez. Novelista y pedagoga. Adoptó el seudónimo literario de Josefina Aldecoa después de casarse con el también escritor Ignacio Aldecoa. Nació en La Robla (León) y es una destacada representante de la Generación del 50. Hija y nieta de maestras, estudió Pedagogía y ejerció la enseñanza como directora de un colegio en Madrid, fundado por ella misma. En estas circunstancias, ¿quién mejor que ella para trasladar a sus lectores la imagen del profesional de la enseñanza? El texto que aquí reproducimos pertenece a la novela **Historia de una maestra**, escrita en 1990. El argumento se sitúa en los años treinta, con toda la carga de cambios sociales e ilusiones que, especialmente en el campo de la enseñanza, introdujo en España la llegada de la II República. Gabriela, la protagonista de la novela encarna la defensa de la reforma educativa inspirada en los principios de la Institución Libre de Enseñanza y, a través de su figura, Josefina Aldecoa retrata como sólo puede hacerlo quien ha conocido de primera mano el ejercicio de la enseñanza, la sociedad rural española de ese tiempo, así como lo que puede el entusiasmo de los maestros que creen en el poder de la educación libre como motor de cambio de una sociedad.

### **Historia de una maestra.**

*Eran unos treinta. Me miraban inexpresivos, callados. En primera fila estaban los pequeños, sentados en el suelo. Detrás, en bancos con pupitres, los medianos. Y al fondo, de pie, los mayores. Treinta niños entre seis y catorce años, indicaba la lista que había encontrado sobre la mesa. Escuela unitaria, mixta, así rezaba mi destino. Yo les sonreí. “Soy la nueva maestra”, dije, como si alguno lo ignorara, como si no hubieran estado el día antes acechando mi llegada. Recordaba al más alto, el del fondo. Parecía tener más de catorce años. Estaba medio subido a un árbol, cuando pasé ante él. Ahora me miraba en silencio. Le pregunté: —Eres el mayor, ¿verdad?—. Negó con la cabeza y señaló a una niña más pequeña en apariencia.*

— ¿Cómo te llamas?, insistí.

— Genaro, el del molino, contestó.

— Pero ¿cómo te apellidas?, farfulló algo entre dientes.

— Está bien, Genaro. Tu vas a ser mi ayudante.

*No se movía y tuve que pedirle: —Ven a mi lado.*

*Salió de su fila, avanzó por el corto pasillo entre los bancos y la pared y se detuvo cerca de mí sin acercarse del todo.*

*- La escuela está vieja y sucia —dije a todos— y la vamos a arreglar. No podemos trabajar en un lugar tan feo.*

*Luego me dirigió a Genaro.*

*- A la salida busca cal y una brocha y di a cuatro de los mayores que se queden con nosotros.*

*Después pregunté cuántos sabían leer y escribir y sólo una pequeña parte levantaron la mano. Así que los dividí en grupos, puse cerca de mí a los más pequeños y les dije:*

*- No podéis sentaros en el suelo. Mañana cada niño traerá una silla y una tablita para apoyar su cuaderno.*

*Como ninguno tenía cuaderno, arranqué una hoja de mi Diario para apuntar: “Pedir al pueblo grande treinta cuadernos y treinta lapiceros”.*

*Aquel mismo día, cuando la tarde caía y las montañas envolvían en sombras anticipadas el valle, se abrió la puerta de la cocina de María y allí estaba el Alcalde, malhumorado y hosco. Sin quitarse la gorra, sin pasar de la puerta, me señaló con la cachaba y dijo:*

*-Aquí no ha venido usted a pintar la escuela. Aquí ha venido usted a tener a los chicos bien enseñados. Así que déjese de pinturas*

[...]

*Llevaba ya una semana en el pueblo cuando apareció el Cura en la puerta de la escuela. Los niños estaban en el recreo y corrieron a besarle la mano.*

*-Buenos días, señor Cura –cantaron todos con la misma musiquilla–. Genaro esta dentro de la clase y me ayudaba a colocar los bancos alrededor de las paredes.*

*-¿Qué hace usted, señora maestra? –preguntó el Cura–. Y su cuerpo ocupó todo el umbral.*

*-Ya ve, colocar los bancos contra la pared.*

*-¿Y eso para qué, hija mía? –preguntó interesado–.*

*Yo me había acercado a él y él me extendió la mano, elevada, acercándola para que la besara. La aprisioné en el aire y la estreché con un movimiento forzado. Él seguía mirando los bancos y el espacio vacío que había quedado en el centro de la habitación.*

*- ¿Qué va a hacer usted? – preguntó otra vez.*

*Me quedé un poco indecisa ante el tono inquisitivo del visitante.*

*-Voy a hacer teatro con los niños. Teatro y canciones. Vamos a representar un cuento...*

*-Muchas modernidades trae usted para este pueblo –dijo el Cura sacudiendo la cabeza. Pero enseguida cambió de actitud y se volvió amable, casi zalamero–:*

*- Hoy me tocaba confesión en el pueblo de al lado y me dije: Habrá que ir a echar un vistazo a la señora maestra...*

*Yo sonreí cortésmente.*

*-¿Y como ha encontrado a estos mozos en Catecismo? –preguntó a continuación.*

*-Los encuentro mal en casi todo –dije evasivamente.*

*-Pues a ver si los mejora –dijo el Cura–. Y el tono se había vuelto astuto y desconfiado.*

*Se recogió el manteo y se lo echó al hombro. Con las dos manos se alzó un poco los bordes de la sotana para no arrastrarla por el barro y se fue poco a poco por la calle adelante..*

*A las doce, cuando cerré la escuela para irme a comer vi el caballo del Cura atado junto a la casa del Alcalde.*

*-Estarán comiendo –dijo Genaro que caminaba a mi lado-. Comen y se lo apañan juntos – continuó-. Ellos mandaron que usted no se quedara en casa de don Wenceslao.*

[...] *Todos los días antes de acostarme, escribía a la luz de la vela mi Diario de Clase.*

*“He dividido a los niños en tres grupos. Los que no saben ni las letras. Los que están torpes de lectura y escritura pero ya van sabiendo dominar estos mecanismo y por último los que leen y escriben con cierta soltura. Mientras unos trabajan en cálculo y los otros hacen ejercicios de lenguaje, los más atrasados trabajan directamente conmigo. Estoy empleando el método de la lectura por la escritura y me da buenos resultados”.*

**( Historia de una maestra.**

Madrid: Aguilar, 2004. Págs. 34-37, 44-47 y 55)



**LUIS LANDERO** (1948- ). Novelista y autor de ensayos. Nació en Alburquerque (Badajoz).

*Don Claudio y doña Adela eran los dos muy viejos y olían a viejos a pesar de que aún les quedaba tiempo para jubilarse. Pero aquella vejez cercana ya a la decrepitud no les venía tanto de la edad como de los rigores de su oficio. Llevaban muchos años de profesores y la enseñanza los había ido gastando y postrando hasta la extenuación: no había más que verlos, sobre todo a don Claudio, que era profesor de Historia. Había perdido casi la voz, además de la fe en las palabras, de tanto explicar y repetir siempre lo mismo y de alzarla contra los murmullos y la indiferencia para lograr ser entendido y de desgañitarse aun para imponer silencio y orden en los pasillos, en el patio, en las aulas. De descifrar la mala letra de los exámenes y de sus propios apuntes cada vez más borrosos se había quedado cegato hacía ya tiempo. Y un poco sordo de la continua e invencible algarabía juvenil. Y definitivamente alelado de enfatizar lo obvio y razonar mil veces lo evidente. Miraba y a menudo el brillo del conocimiento tardaba mucho en llegar a sus ojos y cuando llegaba venía ya velado por el estupor. O por una bruma que quizá había sido escepticismo en otros tiempos y ahora era sólo vaciedad y cansancio. En eso había convertido la enseñanza a don Claudio y un poco también a doña Adela, a aquellos dos seres que no hacía tanto (y había fotos que lo atestiguaban y yo mismo había tenido ocasión de asistir a la última fase de su decadencia) eran fuertes, activos, risueños, y llenos de confianza y de fe en el porvenir y en su propia y exaltada misión.*

*Ella tenía el pelo blanco y deshilado con vagas transparencias malvas. A veces iba a hablar y las frases no le salían. Entonces tomaba carrerilla con los labios como si estuviera rascando un fósforo que no acaba de prender. “No lo olvides nunca, Manolito, nunca: lo primero es el verbo, siempre el verbo.”*

*A él, don Claudio, sólo le quedaba un hilito de voz que le manaba de muy adentro de la garganta y tan ronco que le salía distorsionado, como de ultratumba. Toda la parte de la boca y de los mofletes se le había aflojado y finalmente desplomado haciéndole hocico. Y como tenía el labio inferior muy sobresaliente y siempre húmedo y con hebras y salivazos de tabaco y restos de comida, las palabras nada más salir ya naufragaban y chapoteaban en aquel tremedal. Y no conseguía expulsar con limpieza el mensaje del cuerpo. Los alumnos más aplicados tenían que acercarse mucho a la mesa e incluso sentarse en la tarima a sus pies para captar algo del discurso y poder tomar algún apunte. Si es que el discurso, aquel como devaneo de gato, conservaba algo de su sentido original. Por lo demás se había encogido un poco cada curso. De rebasar el respaldo del sillón ahora apenas llegaba a rozar el borde con la calva. Sólo un poco el borde con la calva.*

*Don Claudio era de Zamora. Conservaba allí una tierra que había heredado de sus padres con una casita de labor, un huerto, un hontanar y unas colmenas. Cosas ya muy lejanas. Y desde hacía tiempo don Claudio había cifrado toda su esperanza en trasladarse a su tierra de origen, cumplir allí los años que le quedaban para jubilarse y luego irse al campo y descansar definitivamente de la aventura pedagógica. A todas horas pensaba en el regreso y aquella fijación agravaba su aire inerte y ausente. A veces se encogía en su sillón y con las faldas de la camilla se arropaba hasta el cuello y en la expresión beatífica se le notaba que estaba en otra parte, oyendo acaso el viento en las higueras, el latir de algún agua secreta entre la umbria, el arrullo de las colmenas, lejos al fin de aquella Troya que fue para él el verbo y la enseñanza [...].*

**Entre líneas: el cuento o la vida.**

Barcelona: Tusquets, 2001. Págs. 42-44)

**LUIS ANTONIO DE VILLENA** (Madrid, 1951- ). Poeta, narrador y ensayista.

En el poema que hemos seleccionado el poeta, con cierta nostalgia, recuerda la escuela de sus primeros años, que olía “a tiza y goma de borrar”, para pasar a continuación, con un poso de amargura su rencor no olvidado, a condenar la memoria de sus maestros posteriores, que, con sus métodos, destruyeron a “aquel niño de las gafitas verdes de sol”.

***Vislumbres de hogueras***

*Antes de aquel colegio severo y alto  
que me destruyó y creyó construirme (y pudo construirme),  
asistí, hace miles de años,  
a unas escuelitas de barrio que olían  
a tiza y goma de borrar,  
raro olor dulzón que era (¿lo es aún?)  
el olor de los niños...  
Hacíamos palotes en cuadernos y pizarras  
y cantábamos las multiplicaciones.  
Más tarde una maestra joven (recuerdo con rencor su nombre)  
me quitó, por alguna sonsera,  
unas gafitas de sol de plástico verde,  
de las que tengo un maravilloso recuerdo  
porque yo apuntaba ya extravagante y coqueto.  
y tuve miedo –alguna tarde-  
cuando el tosco don Fidel amenazaba  
con no dejarnos salir de la clase (un piso vulgar y corriente)  
hasta que san Juan baje el dedo.  
Pero, ¿qué serían esos pequeños contratiempos  
o miedos –el miedo, solar de la infancia y del hombre-  
junto al que vendría después,  
el horrible miedo en el colegio gótico,  
en un barrio elegante,  
el miedo a la humillación, al daño, al odio sin motivo aparente?*

**(Las herejías privadas: infancia y daño en un pequeño país oscurecido (1958-2001)**

Barcelona: Tusquets, 2001. Págs. 63-64)

**MANUEL RIVAS** (1958- ). La Coruña. Novelista, periodista y guionista de televisión.

***La lengua de las mariposas***

*La mariposa chocó con la bombilla que se bamboleó ligeramente y desordenó las sombras.*

*Hoy el maestro ha dicho que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el muelle de un reloj. Nos la va a enseñar con un aparato que le tienen que enviar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de las mariposas tengan lengua?*

*Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te ha gustado la escuela?”*

*Mucho. Y no pega. El maestro no pega*

*No, el maestro don Gregorio no pegaba. Al contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos se peleaban durante el recreo, él los llamaba, “parecéis carneros”, y hacía que se estrecharan la mano. Después los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como conocí a mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro chaval, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, al que le hubiera zurrado con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandase darle la mano y que me cambiase del lado de Dombodán. La forma que don Gregorio tenía de mostrarse muy enfadado era el silencio.*

*Si vosotros no os calláis, tendré que callarme yo.*

*Y se dirigía hacia el ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, descorazonador, como si nos hubiese dejado abandonados en un extraño país. Pronto me di cuenta de que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y la diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. La hierba, la lana, la oveja, mi frío. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminase la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relinchar de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomos de los elefantes de Anibal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchábamos con palos y piedras en Ponte Sampaio contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Fabricábamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Incio. Escribíamos cancioneros de amor en la Provenza y en el mar de Vigo. Construíamos el Pórtico de la Gloria. Plantábamos las patatas que habían venido de América. Y a América emigramos cuando llegó la peste de la patata.*

*Las patatas vinieron de América,—le dije a mi madre a la hora de comer, cuando me puso el plato delante.*

*¡Qué iban a venir de América! Siempre ha habido patatas,  
—sentenció ella.*

*No, antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz. Era la primera vez que tenía clara la sensación de que gracias al maestro yo sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, mis padres, desconocían.*

*Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche y azúcar y cultivaban setas. Había un pájaro en Australia que pintaba su nido de colores con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba el tilonorrinco. El macho colocaba una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra.*

*Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y festivos que pasaba por mi casa e íbamos juntos de excursión. Recorriamos las orillas del río, las gándaras, el bosque y subíamos al monte Sinaí. Cada uno de esos viajes era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una Mantis. Un caballito del diablo. Un ciervo volante. Y cada vez una mariposa distinta, aunque yo sólo recuerdo el nombre de una a la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o el estiércol.*

**(La lengua de las mariposas, ¿Qué me quieres amor?)**

Madrid: Alfaguara, 1997. Págs. 31-35)